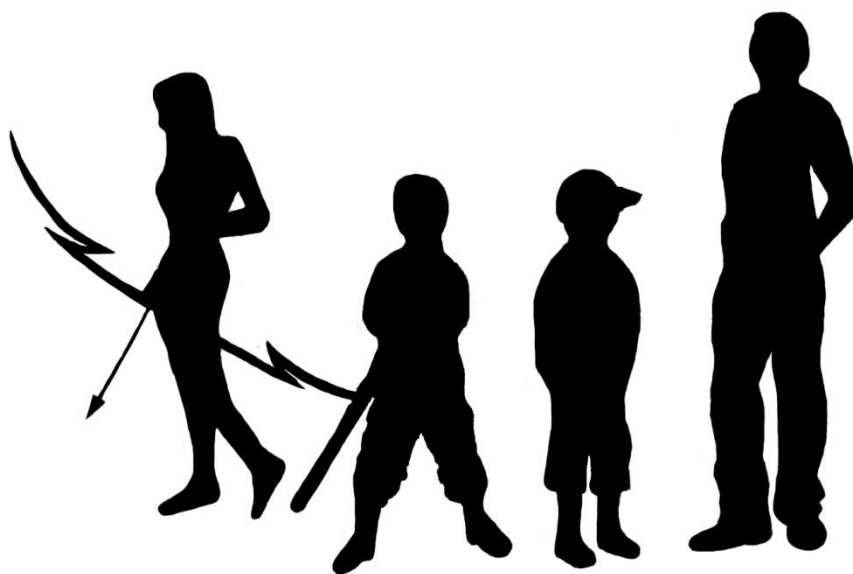


# Illya Novelo

---

GUERREROS DE FAGHO

*En busca del tesoro de Ashwöud*



## Prólogo

**E**l universo. Un territorio infinito. Sólo nuestro sistema solar está conformado por casi doce millones de kilómetros y nuestra Vía Láctea por más de doscientos millones de estrellas. ¿Quién sigue pensando que dentro de este universo formado por tantísimos planetas, nosotros, los terrícolas, somos los únicos seres existentes?

Y así como el universo, la mente de los seres humanos también es infinita. La imaginación del hombre ha creado desde tiempos remotos poderosos e intocables dioses y viajes por el espacio, nuestras historias narran seres con poderes extra sensoriales, portales del espacio y tiempo, incluso dragones y seres inimaginables.

¿Realmente son nuestras mentes las que los han creado o es que... en algún lugar... en algún planeta alejado del nuestro por millones de kilómetros de distancia... existen?

Puede ser. Puede ser que todo lo que consideramos mitología no sea irreal. Puede ser que nuestras mentes hayan pensado en todas éstas, que nosotros llamamos fantasías, porque exista alguien que las haya visto en verdad, las haya vivido, y las recuerde. Puede ser que todas estas ideas que los adultos catalogan como imaginativas procedan de un lugar verdadero, de un mundo como éste... un mundo llamado *Fagho*.



## *La gran batalla*

**L**el cielo estaba oscuro, casi ennegrecido por la cantidad de nubes grisáceas que avicinaban una gran tormenta. Fulminantes relámpagos cegadores se encendían por aquí y por allá dejando entrever a modo de flashazos una manada completa de dragones que sobrevolaban los cielos cabalgados por sus jinetes de armaduras grises. Cada uno de ellos portaba una enorme y extraña ballesta entre sus manos. Más abajo, a unos tres metros del suelo, volaban unas criaturas tan extrañas como horrorosas, unos seres que bien podríamos describirlos como murciélagos gigantes, con rasgos y tamaño de una persona. Tenían mechones de pelo en algunas partes del cuerpo como en rodillas, codos y pecho; de los brazos les salían unas grandes alas puntiagudas, y en vez de manos y pies tenían garras como las de un águila; estas bestias se sostenían en vuelo al agitar sus alas hacia adelante y hacia atrás, sus ojos amarillos con el iris alargado como el de los gatos los hacían lucir como verdaderos diablos. Sus nombres: *draconianos*.

Había más de ochocientas de estas bestias sobrevolando encima del innumerable ejército conformado por los salvajes de los Llanos Fríos, hombres que llegaban a medir casi dos metros y medio de altura; los arrancacabezas, provenientes de Mesilla y llamados así por su gran habilidad de cortar de un sólo tajo la cabeza de cualquier oponente con sus filosos y flexibles látigos de fuego; y por último, los Pueblos Bajos de cazadores, guerreros caníbales bien adiestrados en todo tipo de armas punzo cortantes, hasta las más aterrantas que uno pueda imaginar. Una sola arma podía

tener varias cuchillas hacia diferentes lados que los hacían lucir como verdaderos asesinos de sangre caliente.

Sobre aquella planicie, el feroz y rabioso ejército se veía temerario, todos a la sedienta espera de la señal de alguien que, sobre una colina, montaba un caballo negro de patas peludas. El capuchón de la toga negra que traía puesta hacía un oscuro que impedía ver su rostro, pero sus ojos, rojos y brillantes, sobresalían de forma luminosa.

Del otro lado, y quizá contando con el mismo número de guerreros, otro ejército se mantenía a la espera dividido en tres partes. A la derecha se encontraban los bordeanos, provenientes del desértico *Bordeos*, una de las regiones más alejadas de Fagho, a la izquierda los macedanos, y en la parte media el poderoso ejército de *Ándragos*, hombres con armaduras plateadas sobre sus uniformes azul rey con blanco.

Además de caballos, algunos jinetes montaban unos animales parecidos a los bisontes pero con cuernos más grandes y enrollados en espiral, les colgaba mucho pelo de todo el cuerpo y eran tan delgados y ágiles como los caballos, aunque mucho más grandes. Hasta tres hombres podían montar un *drammin*.

Al frente de estos tres ejércitos se mantenían en quietud los reyes mandatarios de cada uno de estos reinos. *Orton Alopus*, rey de *Macedán*, un anciano de cabellos largos y plateados, cara arrugada y nariz prominente, y sus dos hijos, ambos de edad madura y casi tan parecidos a él. A su izquierda se encontraba *Darskan D'Nagris*, rey de *Bordeos*, y luego *Aga Ásteris*, el rey de *Ándragos*. Un hombre un tanto desabrido de aspecto pero de complexión robusta y de mirada enérgica. A sus sesenta y cinco años no parecía tener su verdadera edad. A su lado izquierdo permanecía su hijo, el joven príncipe *Arcon Ásteris*, un niño de diez años que no parecía intimidado por el enemigo a pesar de su escasa edad y quien portaba con orgullo el mismo uniforme blanquiazul del ejército andraguense. Su cabello oscuro y repleto de rizos naturales le colgaban hasta los hombros, ojos claros y era delgado, pero más alto que cualquier otro chico de su edad. Arcon no tenía el más mínimo rasgo de su padre, el rey, quienes le conocían atribuían su linda cara a su madre, quien había fallecido cuando él tenía cinco años.

Acompañando al príncipe, y un poco más atrás de la primera fila de soberanos, se encontraba su protectora, *Karime Theradam*, una joven guerrera que tenía a su cargo la protección y seguridad del heredero al trono a costa de su vida de ser necesario.

El impresionante ejército de los tres reyes se mantenía a la expectativa a unos kilómetros del inicio de un majestuoso e impenetrable bosque ubicado a las faldas de un conjunto monumental de montañas rocosas de apariencia transparente como el cristal. Los siete picos que sobresalían eran tan altos que los últimos tres se entremezclaban con las nubes, casi parecían tocar el cielo. Eran los *Templos Sagrados*, lugar donde habitan los siete dioses de Fagho.

—Casi podría asegurar que nuestro ejército es tan numeroso como el suyo —mencionó el anciano rey Alopus de Macedán sin poder quitar la mirada del cuantioso ejército contrincante—. Y si es así, ¿por qué siento que estamos en desventaja?

—Con la cantidad de dragones que sobrevuelan el terreno es suficiente para derrotar a cualquier ejército —respondió D’Nagris, el más joven y bien parecido de los tres reyes. Debía estar cerca de los treinta, pero había estado al frente de su reino por más de diez años, tiempo que lo colocaban ya como un rey experimentado, cuantimás siendo Bordeos una de las tres naciones más poderosas de Fagho.

Darskan D’Nagris era un hombre de elegante porte, mirada profunda, boca y nariz grandes, tenía un acento extraño al hablar y sus largos cabellos dorados los mantenía siempre recogidos en una cola de caballo.

—Si los dragones son el problema, entonces tendremos que deshacernos de ellos en primera instancia —sugirió Aga Ásteris. Una hermosa coraza plateada con el escudo de su reino labrado en él le cubría el torso y los hombros. Su yelmo era un tanto aerodinámico y de su cintura colgaba una hermosa espada dorada que desenvainó en ese momento. Los filos del arma chocaron con su propia funda produciendo el sonido propio de dos metales al rozar—. La hora ha llegado.

Los otros dos reyes desenfundaron también sus espadas.

El rey Ásteris se tomó un momento para hacer retroceder su caballo y llevarlo al lado de la protectora de su hijo.

—No se adentren mucho en la batalla, Theradam. Manténganse alejados de los dragones y...

Pero antes de que continuara dando instrucciones, el príncipe Arcon se adelantó a objetar:

—Pero yo no quiero estar alejado de los dra...

El rey le lanzó a su hijo una mirada tan intimidante que lo hizo callar inmediatamente. El príncipe no podía contradecirle delante de la gente. Para él, una orden de su padre, debía ser indiscutible. Bajando la vista, el chico rectificó:

—Lo siento, majestad.

El rey se volvió de nuevo a la joven de no más de quince años de edad, mirada fría y sagaz. Sus ropas eran color blanco con vivos destellos en plata al igual que sus botas de piel corrugada. De facciones finas y cabellos lacios y largos que le llegaban casi al término de la espalda. Algunas trencillas tejidas con cuentas e hilos plateados sobresalían de entre sus rubios cabellos. Sus ojos eran grandes y del color del océano, y montaba un hermoso caballo del color de la luna. Tanta palidez la hacían sobresalir de entre todo el ejército que permanecía en filas detrás de ella.

—Por ningún motivo permitas que la seguridad del príncipe esté en riesgo, ¿entendido?

—Por supuesto, majestad —declaró la chica sin asomo de duda—. Puede estar tranquilo en cuanto al bienestar del príncipe y ocuparse plenamente de la batalla.

Después de asentir, el rey de Ándragos volvió a su sitio junto a los reyes y fue el primero que levantó en alto su espada, le siguió el rey de Macedán y al final el rey de Bordeos, quien acompañó este acto con un grito de coraje que se multiplicó en cada una de las gargantas de los soldados que conformaban su ejército logrando un estallido de valor.

Ambos ejércitos se desplegaron. Era el inicio de la más grande y feroz batalla vivida en Fagho.

## Ψ

El encuentro entre los dos bandos se suscitó, y espadas, lanzas, flechas, mazos, látigos de fuego, garrotes con púas y todo tipo de cuchillas y armas —de las que nosotros los terrícolas no tenemos idea que existen— hicieron contacto. Los primeros soldados empezaron a caer. Los draconianos desde el aire lanzaban llamaradas de sus bocas; las de los dragones eran tres veces más grandes, fácilmente podían deshacerse

de un grupo de diez o quince hombres al mismo tiempo con una sola bocanada de fuego.

La amenazante tormenta también se sobrevino y lo que parecía ser un obstáculo para la pelea resultó ser la salvación de cientos de hombres cuando el intenso fuego de los dragones era sofocado por la lluvia torrencial.

Obedeciendo la orden del rey, Arcon y Karime permanecieron lejos del centro de la batalla, más no por ello lejos de la violencia. Con espada en mano el príncipe se defendía de sus adversarios, el chico manejaba su espada con la agilidad y pericia de un experto guerrero, parecía que llevaba el doble de su vida peleando con ella. Karime no se quedaba atrás, la joven de quince años llevaba en mano un arco color plata brillante y mantenía en su aljaba unas flechas que emitían un intenso resplandor azulado. Cada flecha parecía tener luz propia y al ser lanzadas cortaban el aire igual que un rayo hasta terminar infaliblemente clavadas en el enemigo. La chica llevaba consigo sólo ocho flechas, que resultaban pocas ante la magnitud de la batalla, pero tenía una peculiaridad poco común. Cuando abría y cerraba el puño, una a una desaparecían del lugar en el que habían quedado incrustadas para aparecer todas reunidas de nuevo en su mano.

La protectora del príncipe tenía una astucia, velocidad y reflejos impresionantes, poco vistos en una chica de su edad, es más, frente a sus adversarios ella tenía el control de cada uno de sus enfrentamientos, y a pesar de estar concentrada en la batalla sus sentidos en conjunto estaban puestos en el príncipe, a quien vigilaba no muy alejada de él.

Desde la cima de la colina, el encapuchado de negro miraba la avasallante batalla entre su ejército y el de los tres reyes. Lo custodiaban dos hombres de túnica gris y ojos amarillos. Sus rostros estaban marcados con muchas grotescas cicatrices que eran parte de su fisonomía y en sus manos portaban una especie de guadaña. Eran los llamados *sculls*.

Desde el oscuro que se formaba por su capuchón, y del cual sólo sobresalían sus ojos rojos y brillantes, una voz sibilante se escuchó:

—Estúpidos ingenuos, continúen librando esta batalla sin sentido.

El encapuchado de negro volvió la mirada hacia el cielo y observó que las nubes grisáceas comenzaron a adquirir un movimiento inusual, como si algo las estuviese instando a contraerse violentamente, y en los huecos que lograban formarse entre ellas podía captarse un tono rojizo que envolvió la atmósfera de Fagho. Volvió entonces la mirada a la batalla, y, tranquilamente, dio media vuelta a su caballo alejándose de aquel lugar sin que nadie percibiera su retirada seguido de los skulls.

La lluvia cesó, hecho que para la mayoría de los hombres que peleaban pasó inadvertido, pero el repentino suceso no lo fue para el rey Ásteris que combatía con un cazador. Al deshacerse de él miró hacia el cielo y observó el estrepitoso movimiento de las nubes que apenas dejaban ver un cielo que se había tornado tan rojo como la sangre. El rostro del rey se tornó lívido. La preocupación y el desconcierto se apoderaron de él.

—¡Aga! ¡Aga! —escuchó que alguien lo llamaba. Y buscó entre la multitud la procedencia de aquella voz mientras continuó combatiendo. A los pocos segundos Darskan D’Nagris llegó hasta él corriendo.

—¿Lo has notado? ¿El cielo? —preguntó con angustia.

—Creo que hemos provocado la ira de los dioses, Darskan —y un pensamiento fugaz se le vino a la mente: el príncipe. Su hijo no debía estar muy lejos de allí.

No había tiempo para otra cosa, confiaba en que, donde estuviese, la protectora de su hijo lograría escucharlo. Y utilizando una voz potente, pero sin dirigirse a nadie en específico, gritó:

—¡Theradam! ¡Theradam!

A muchos, muchos metros del rey, y mientras ella lanzaba una flecha azulada a un draconiano, la chica de cabellos rubios percibió que alguien la llamaba a la distancia. Karime volteó, pero no vio otra cosa que no fueran soldados de los tres ejércitos peleando contra salvajes y cazadores, sin embargo, la voz se abría paso hablándole a ella.

—¡Theradam! ¡Saca al príncipe de aquí! ¡Vuelvan a Ándragos! ¡Ahora!

Era inconfundible el timbre y la exigencia de aquella voz. Era una orden del rey.

Karime buscó con la mirada a Arcon, que valientemente peleaba con un arrancacabezas haciendo gala de su agilidad y burlando con sus movimientos los



latigazos de fuego vivo. Y justo cuando el príncipe estaba dispuesto a dar un golpe mortal, una flecha azulada derribó a su contrincante. Arcon se desconcertó, e incluso se molestó, sabía perfectamente a quién pertenecían esas flechas brillantes.

—¡Hey! ¡Eso no era necesario! Yo estaba a punto de derribarlo.

—¡Vámonos, alteza! —llegó ordenando Karime tomándolo de un brazo y jalándolo ligeramente para hacerlo avanzar.

—¿Irnos? —refunfuñó el chico— ¿Por qué?

—Órdenes del rey.

Arcon no podía creerlo. ¿Hasta cuándo el rey iba a dejar de tratarlo como si tuviera cuatro años?

—¡Un draconiano! —gritó Arcon con cara de espanto señalando hacia arriba.

Karime tuvo que soltarlo para tensar su arco y soltar una de sus flechas hacia la criatura antes de que lanzara su bocanada de fuego. Al incrustarse justo en el corazón la bestia emitió un aullido ahogado de dolor y mientras cayó al suelo se desvaneció en una nube de polvo negro.

Karime volteó hacia su lado derecho para volver a agarrar al príncipe del brazo.

—Listo. Vámonos cuan... ¡Maldición, Arcon! ¡Cómo te gusta complicar mi trabajo!

Arcon había aprovechado la distracción para escurrirse de su lado. Nunca le había gustado perderse la diversión, y no había cosa más entretenida para él que luchar con su espada, era su pasión, y lo hacía excelentemente bien.

Karime buscó a Arcon entre la multitud, pero era demasiado el movimiento. No vio señas de él.

Y de pronto, un estallar que se escuchó a distancia hizo retumbar la tierra. No hubo mirada que no se volviera hacia aquel estruendo, y sólo lograron verse decenas de hombres volar por los aires en conjunto con una nube de fuego y polvo.

Karime no tenía idea de qué había cimbrado el suelo hasta que vio bajar del mismo cielo otro monumental rayo rojo que se impactó en la tierra con toda potencia haciendo estremecer de nuevo a la multitud.

—¡Por todos los dioses! —susurró incrédula— ¡Arcon! ¡Arcon!

La gente comenzó a gritar y los rayos a caer uno seguido de otro en todo el territorio ocupado por ambos ejércitos.

Y entre el tumulto a Karime lo único que se le ocurrió fue lanzar un chiflido. Todo era confusión. Los soldados de ambos bandos corrían de un lado a otro intentando encontrar algún refugio de la tormenta de rayos.

En respuesta al chiflido entre aquella multitud paranoica surgió de pronto su hermoso caballo blanco abriéndose paso. Karime tomó posición y de un salto logró montar al animal sin que éste se detuviese, y ya arriba se aferró a las riendas.

—Tenemos que encontrar a Arcon, *Key*. ¡Apresúrate!

El fuego comenzó a cubrir gran parte del territorio y los rayos de la tormenta eléctrica seguían cobrando vidas. Uno de ellos cayó muy cerca de donde *Key* galopaba y la chica tuvo que agacharse sobre el lomo del caballo para que un soldado bordeano no la tumbara cuando salió volando por encima de ella.

—Maldición, Arcon. ¿Dónde te metiste? —se preguntó sin dejar de buscar con la mirada en aquel caos.

Era tal el peligro que se cernía en la zona que el rey D'Nagris se acercó a Ásteris para mencionar casi a gritos:

—¡Aga! ¡Vámonos de aquí o moriremos!

—¡Hay que sacar a nuestra gente! ¡Tenemos que dar el toque de retirada! ¡¡Váyanse!! ¡¡Vamos!! ¡¡Corran!!! —les ordenaba a sus soldados.

—¡No hay tiempo para eso! ¡Vámonos!

Pero Aga Ásteris continuó con su labor de informar a cuanto soldado veía que se retiraran. Buscaba con ansia a alguien que trajera un cuerno para que se diera el toque, para que todo el ejército supiera que lo único que debían hacer era salir de la zona que estaba siendo devastada, porque, muy a pesar de la tormenta eléctrica, había andraguenses, bordeanos y macedanos que aún peleaban con sus oponentes entregando sus vidas con honor.

Darskan observó que el rey Ásteris se dedicaba a retirar a la gente casi de uno por uno. No lo dudó más; dejándolo atrás, se marchó.

Otra onda de tremendo calor y polvo sacudió muy cerca de donde *Key* galopaba. Por unos segundos, tanto el caballo como su jinete perdieron toda visibilidad, pero no fue impedimento para que *Key* continuara corriendo para salir de aquel nubarrón, y al hacerlo, Karime se balanceó hacia un lado para extender su brazo lo más que pudo y

jalar de las ropas a Arcon mientras él corría para escapar de los estragos del rayo. Con fuerza lo levantó para subirlo sobre Key, delante de ella.

—¡No vuelvas a esconderte de mí de esa forma, ¿entendiste?! —recriminó condenadamente enojada.

—¡Deja los regaños para mi padre, Karime, que él es el experto! ¡¿Qué es lo que está pasando?!

—¡No tengo idea, pero tenemos que salir de aquí cuanto antes!

Los rayos cada vez fueron más intensos, más frecuentes y más mortales.

No fueron muchos los que lograron salir con vida de allí, pero entre los que lo hicieron estuvieron Arcon y Karime, quienes ya alejados del peligro se volvieron para mirar el desastre desde una colina apartada.

Los rayos continuaban impactándose en la tierra, los hombres gritaban y corrían tratando de salvar sus vidas, la planicie era una devastada zona de guerra, y arriba, todo el cielo de Fagho estaba teñido de rojo. Presenciar aquello fue impactante.

—Espero que el rey haya salido de ahí —expresó Karime con cierta mortificación.

—...Yo también —fueron las únicas palabras del príncipe.



## *El resplandor de una estrella*

*J*irado sobre la hierba, en un claro donde los árboles de ese bosque le permitían mirar hacia el cielo, *Eric Barón* observaba entretenido la noche estrellada alumbrando con su lámpara hacia arriba. La linterna emitía un largo haz de luz que se perdía en la profundidad de la noche. A Eric le fascinaba observar las estrellas, más ahora que permanecía acampando en un bosque de Illinois junto con su padre y su hermano.

Entretenido estaba cuando una voz interrumpió aquel plácido silencio.

—¿Qué haces, Eric?

—Eh... nada, papá. Sólo viendo las estrellas.

—Vamos, hijo. La cena está lista.

—Voy enseguida.

Eric Barón era un niño de diez años que iba a la escuela, hacía sus tareas y tenía responsabilidades en su casa como cortar el césped, tender su cama los domingos, recoger la mesa después de comer y lavar los trastes de vez en cuando. También tenía una familia común y un hermano común, aunque si él mismo hubiera escrito este libro sin duda habría puesto: "...tenía una familia común y un hermano terriblemente fastidioso".

Era un chico simpático de vista, y a diferencia de sus padres y hermano su cabello no era tan oscuro, y aunque lo tenía lacio siempre lo llevaba alborotado. Su estatura era media y de complexión delgada, y sus ojos lucían el color de la miel. Eric tenía en su rostro ese encanto que tienen algunos niños cuando la gente mayor les dice: "De

grande vas a ser muy guapo”, pero eso era algo que a él realmente le importaba un sorbete.

El padre de Eric, *Roberto Barón*, decidió un día romper con la rutina y pidió sus vacaciones en la oficina para llevar a acampar a sus dos hijos al bosque por una semana. Roberto deseaba que vivieran aventuras lejos del mundo cotidiano, del smog y del estrés citadino de la ciudad de Chicago; sabía que sus hijos estaban creciendo y no deseaba que se le fuera de las manos el tiempo que un padre debe aprovechar para estar con sus hijos. Por esa razón, la primer semana de mayo ya se encontraban extendiendo la casa de campaña dentro de un espeso bosque a tres horas y media de su casa.

Como buen padre, Roberto se esmeró en enseñarles algunas actividades de la excursión y el campismo como pescar en el río, escalar el monte, intentar cazar algún conejo y disfrutar de la tranquilidad del campo, y tras dos días de intensa actividad, Eric incluso ya podía encender una hoguera por sí solo.

Eric era un niño típico de su edad. Le gustaba jugar todo el día y odiaba levantarse temprano para ir a la escuela. No era ninguna eminencia en clases, no hablemos siquiera de las matemáticas, por él habría dejado la escuela con gusto, pero en cambio le encantaba coleccionar cualquier clase de objeto raro que encontrase, fabricaba sus propias armas para sus juegos con palos, cuerdas, cartones y piedras, y eso sí, era un experto en el arte de imaginar. Unas veces soñaba con ser un pirata en busca de un tesoro, otras con ser astronauta y descubrir nuevos planetas, no podía faltar el ser un experimentado mago con poderes sobrenaturales o un gran héroe salvador de la humanidad. Las horas del día no le bastaban para crear en su cuarto las atmósferas propias de sus aventuras moviendo de un lugar a otro la cama y la cómoda simulando un barco pirata o una nave interestelar, o atravesar hasta la sala de su casa escondiéndose detrás de los muebles imaginando que sus padres eran los alienígenas que querían apoderarse de su cuerpo. Ésa fue otra de las razones por la cual su padre había decidido llevarlo una semana a incursionar en el bosque, porque sabía que, siendo como era, lo disfrutaría enormemente, y de no ser por su hermano, Eric habría pensado de la misma manera, pero las relaciones entre ellos no podían catalogarse

realmente como “amistosas”; siendo el más pequeño de la casa y habiendo tanta diferencia de edades entre los dos, él había aprendido a divertirse solo.

Justo estaba por ponerse de pie después de que su padre lo había dejado cuando Eric vio aparecer en el cielo algo que nunca antes había visto. Había contado ya tres veces durante el tiempo que había estado tumbado sobre la hierba las estrellas más brillantes que esa noche se observaban. Habían sido cuatro. Sin embargo, en ese momento apareció en el firmamento una más, justo frente a sus ojos.

En un principio creyó que era su imaginación. Una estrella no puede aparecer de pronto en el firmamento. Se talló los ojos y volvió a mirar. Nuevamente estaba allí, y era mucho más resplandeciente que las otras, y además, el resplandor que emitía era de color rojo, tan rojo como la sangre.

—¿Qué será eso? —se preguntó sin quitarle la mirada. Nunca había visto una estrella tan roja como la que estaba mirando.

Si por él hubiera sido se habría quedado observando la estrella por horas, pero el llamado de su padre desde lejos volvió a irrumpir el canto de los grillos:

—¡Eric!

—Está bien. Ya voy, ya voy —refunfuñó poniéndose de pie y olvidándose del extraño acontecimiento de la estrella roja.

Eric llegó hasta la fogata que su padre y su hermano mantenían encendida. Se sentó a un lado sin decir palabra y recibió de manos de Roberto un plato de sopa de verduras que comenzó a comer sin mucho apetito.

—¿Qué estabas haciendo, enano? —preguntó su hermano con un tono que le daba a la cuestión la apariencia de no tener importancia, pero Eric sabía que él jamás preguntaría algo sin importancia, además, Eric odiaba que lo llamara “enano”. Ciertamente era un poco bajito, pero en su salón de clase había niños mucho más chaparros que él.

—No creo que te importe lo que estaba haciendo.

Ante la contestación poco amable, Roberto intervino:

—Tranquilos los dos. No quiero discusiones, ¿entendido? Estamos cenando.

—No quiero discutir —declaró su hijo mayor con un sonsonete inocente—. Tú estás de testigo que sólo le pregunté de buena forma qué estaba haciendo.

—Contéstale a tu hermano, Eric.

El chico guardó silencio un momento y sin más remedio tuvo que responder, aunque lo hizo más a fuerzas que de ganas.

—Estaba viendo las estrellas.

—¿Las estrellas? —hizo un silencio, y agregó —¿Las estrellas por qué? ¿Esperas algún arribo interestelar de algunos de tus compañeros marcianos o...

—¡Míralo, papá! —recreminó Eric haciéndolo callar pero sin poder evitar las risas socarronas de su hermano— ¿Para eso me pides que le conteste? ¿Para que todo lo que diga lo utilice para burlarse de mí?

—Ya basta. Deja en paz a tu hermano que él te contestó de buena manera.

—Está bien, está bien. Lo siento —dijo, aunque a Eric le pareció sarcástico.

—No sé por qué haces que sea amable con él si ya lo conoces —bramó casi ofendido.

El mayor de los hermanos Barón tuvo que dejar de sonreír ante la mirada ajusticiadora de Roberto, que de haber tenido poderes sobrenaturales, lo habría podido eliminar de la faz de la Tierra en ese instante.

A pesar de ser hermanos, *Héctor Barón* era un tanto diferente a Eric. Quizás por ser el mayor tenía mucho más rasgos de sus padres, y como todo buen adolescente llevaba un corte a la moda en su cabello castaño oscuro y ondulado. Era alto y lucía un cuerpo... digamos... muy bien estructurado por la hora diaria que pasaba en el gimnasio. Cuidaba enormemente su forma de vestir, tenía que estar al grito de la moda, y él quizás se creía el chico más guapo de la clase, la escuela, la colonia y el mundo entero aunque no lo fuera. Eso sí, definitivamente tenía algo que a las chicas les encantaba. ¿Qué? Eric jamás lo había podido entender, pero cualquier mujer lo habría adivinado al instante: los implacables ojos grises que había heredado de sus progenitores enmarcados por su cabello oscuro.

A Héctor, un joven de recién cumplidos diecisiete, le parecía aburrido salir con su padre y su hermano pequeño de paseo. Desde que se había enterado de las dichas vacaciones en el bosque no le había parecido la idea, su mundo ya lo conformaban la escuela, los amigos, amigas y las salidas nocturnas a pasear, por lo que no había cabida en su agenda para la familia. Lo único divertido que podía encontrar para hacer en ese

inhóspito y desolado lugar era buscar durante el día la ocasión de molestar a su hermano, siete años menor, para burlarse de él. Y eso hacía.

Tras el pequeño incidente se propició un pacífico silencio. Sólo el crepitar de los leños en el fuego y el cantar de los grillos y otros insectos se alcanzaban a escuchar. Pero fue a mitad de la cena cuando un ruido a la distancia los interrumpió a tal grado que los tres dejaron de comer, y la dirección por la que procedía llevó a Eric a pensar en una sola cosa:

—¡Es el zorro! —gritó al tiempo que se puso de pie de un salto y sin dudar lo se lanzó corriendo en esa orientación.

Esa misma tarde habían intentado atrapar una vez más a un zorro que ya los había burlado en dos ocasiones. Antes de terminar el día habían dejado una trampa para ver si por la noche el animalito caía, pero al parecer no había sido necesario esperar tantas horas, ya que, según Eric, el ruido que había escuchado era el zorro que había caído en la trampa.

Roberto lo llamó un par de veces, pero en un tris su hijo había desaparecido de su vista. Sólo movió ligeramente la cabeza al notar que no se había llevado su linterna.

—Vamos, Héctor —mencionó Roberto poniéndose de pie—, sigamos a tu hermano. Llévate dos linternas. Eric salió corriendo sin llevarse la suya.

Héctor rió, y dicha risa tenía cierto toque de burla.

—Cuando el enano se percate que salió corriendo sin luz se va a quedar paralizado como gallina.

—¿Algún día dejarás de molestarlo? —le preguntó Roberto sin darle mucha importancia al comentario.

—Sólo digo lo que es. Eric es medio cobarde y no puedes negarlo.

—Es pequeño, ¿cuándo lo vas a entender? Le llevas casi ocho años, no quieras que sea como tú.

—Es miedoso, papá. Que no quieras admitirlo porque es tu hijo es otra cosa.

Eric corrió y corrió sin detenerse hacia el lugar donde habían colocado la trampa. Tenía la certeza que ahí lo encontraría. Seguramente estaría atorado en la red, y si su padre se lo permitía, quizá hasta podría llevárselo a casa, pero... la emoción no le había permitido darse cuenta que ya estaba lejos del campamento y... oh, oh, había



olvidado la lámpara. La noche tenía una gran luna y por eso podía ver casi con claridad, pero eso no le quitaba lo que era, una noche, y ya no se oía nada, ni nadie, a excepción de los ruidos de los insectos.

El chico amainó el paso que tornó precavido, sabía que ya no estaba muy lejos de donde habían colocado la trampa.

Otro ruido más, como el tronar de las ramas y hojas cuando las pisas. Eric se detuvo. Si mal no recordaba la red que habían colocado debía estar justo enfrente de él, no a su lado derecho. "Rayos. ¿Será el zorro? Pero si es así ¿por qué se escucha al otro lado de donde está la trampa?". El corazón le comenzó a latir como un tambor, podía escucharlo y sentirlo casi en su garganta. No. Algo no estaba bien, y cuando las cosas no marchan bien lo mejor es echarse para atrás. Lo más sensato era retroceder y volver al campamento.

Se dio media vuelta y dio tres pasos decididos para echarse a correr por la dirección en la que había llegado cuando otro crujido más lo sorprendió, ahora justo enfrente de él. "Oh, por Dios. No me hagas esto". Y logró observar cómo las ramas de un arbusto se movieron. ¿Qué era? ¿Qué clase de animal era el que se movía dentro de aquel matorral a menos de cuatro metros? No tenía ni idea, pero lo que fuera corrió hacia otra mata a su izquierda.

Tenía las manos húmedas, el corazón desbocado y su frente perlada del sudor. Eric retrocedió un paso del lugar donde el ramaje se había sacudido, luego otro más, y otro. Tenía tantas ganas de gritar, de llamarle a su papá con todas sus fuerzas, pero le era imposible, parecía que había perdido la voz, el mismo miedo no le dejaba emitir ni siquiera un suspiro.

CRASH. CRASH.

¡Otro ruido detrás de él! Eric se volvió intempestivamente. Se sentía rodeado. Acorralado. La luz de la luna le permitía ver todo a sombras, pero ya no sabía si eso resultaba mejor o peor. Era más tenebroso.

Y de pronto... PUM.

Algo saltó de los arbustos hacia él. Eric echó un grito despavorido al sentir tan cerca "ese algo" desconocido. El sobresalto le hizo perder el equilibrio y cayó hacia atrás al pisar una piedra redonda que estaba en el suelo. El golpe que recibió en el

trasero fue fuerte, pero de reojo alcanzó a ver lo que había salido de ambos arbustos y ahora huían despavoridos más asustados que el propio Eric. Dos conejos silvestres.

Cuando Eric alcanzó a ver aquellas dos pequeñas figuras alejarse se sintió casi humillado y avergonzado de sí mismo. Dejó caer la cabeza en el suelo. “Rayos. Malditos animalejos estúpidos”.

Una vez pasado el susto y recuperado el aliento, Eric se puso en pie y se sacudió las hojas que se habían adherido a su pantalón. Intentó actuar con naturalidad tratando de evitar el bochorno que le causaba el haberse asustado por culpa de dos conejos. Si Héctor se enterara... No. Jamás. Sería la peor vergüenza de su vida.

Caminó unos pasos hacia donde él creía estaba el campamento, tenía que regresar, pero al único sitio al que salió después de avanzar unos metros fue a un río, al río en el cual el día anterior había pescado tres peces con ayuda de su padre. Se acercó hasta la orilla arrodillándose en las piedras y haciendo canoa con ambas manos se echó un tanto para remojarse la cara con agua fría. Esa parte del río no llevaba mucha corriente, sus aguas eran tranquilas así que se formaron amplias ondas cuando introdujo sus manos, pero mientras se engrandecían, unas seguidas de otras, alcanzó a ver en el agua el reflejo de una estrella. No fue en sí la estrella lo que llamó su atención, sino la claridad con que la veía, lo grande que era, y sobre todo, su color rojizo.

Eric quedó impresionado con ese reflejo. ¿El reflejo de una estrella en el agua? El hecho le pareció increíble, tanto, que volvió la vista hacia arriba y buscó en el firmamento una estrella brillante.

Sí. Eric quedó perplejo cuando volvió a ver que de entre todas las estrellas que refulgían, la de color rojo, y justamente la misma que había aparecido ante sus ojos, sobresalía incluso más que las otras cuatro que tintineaban de forma hermosa. Su brillo era terriblemente intenso.

—Wow. Qué manera de brillar.

Entretenido volvió su mirada al río y se le ocurrió entonces estirar su mano para tocarlo con su índice. El reflejo estaba cercano a la orilla y al hacer agitar el agua la estrella perdería su forma con las ondas que se formarían.

Eric jamás imaginó que al punto de que la yema de su dedo tocó dicho reflejo, un haz de luz violáceo y cegador salió del agua hacia arriba y se esparció hacia todas direcciones. A Eric le pegó la luz en el pecho, no sintió nada, pero el inverosímil acontecimiento lo deslumbró y lo asustó de tal forma que la misma impresión lo hizo retroceder y caer hacia atrás. El chico trató de cubrir sus ojos de la refulgente e inesperada luz que se había metido en él, pero antes de que lo lograra, ya había caído inconsciente entre las piedras.